

La masacre del 1o. de mayo de 1952. Una lucha del pueblo por la democratización de México

Arturo Bonilla Sánchez•

A manera de introducción

El Dr. Mario Rivera Ortiz recientemente publicó un libro intitulado *Columnas Contra Cordones: 1o. de Mayo de 1952*. Este trabajo salió publicado a 45 años de los funestos sucesos habidos ese 1o. de mayo. A partir de ese día y junto con otros presos políticos, 13 en total, el Dr. Mario Rivera Ortiz, cayó víctima de la intolerancia y del abuso de poder del gobierno encabezado por Miguel Alemán, contra brotes de expresión política opositora, parecidos a los que en la actualidad se dan en nuestro país. En el libro mencionado el autor relata los acontecimientos trágicos de ese día, así como los sucesos posteriores relacionados con su prolongado encarcelamiento y de las luchas libradas en torno a la necesidad de desaparecer de la legislación el delito de *Disolución Social*.

Así mismo quisiera expresar al Dr. Mario Rivera mi reconocimiento y mi aprecio, a quien como él, a lo largo de muchos años ha continuado en la lucha social hasta el presente. La dureza del injusto y desmedido encarcelamiento sufrido durante año y medio por él, así como, por un mes, su confinamiento solitario estando ya encarcelado, no lograron quebrantar su espíritu de lucha.

Como se sabe, el 1o. de mayo se conmemora a los trabajadores, caídos en Chicago, cuando luchaban por la implantación de la jornada de 8 horas. Se trata de una fecha en que hay una expresión de lucha y solidaridad internacional de los trabaja-

• Investigador Titular y ex director del Instituto de Investigaciones Económicas de la UNAM.

dores del mundo. En cambio, en México, tanto el gobierno de aquel entonces, como los llamados dirigentes "charros" —encabezados por el tristemente célebre Fidel Velásquez— lo convirtieron en un día de homenaje al Primer Obrero de la Patria, el señor Presidente Miguel Alemán. Así se declaró oficialmente.

A consecuencia de que el autor de éstas líneas estuvo presente, en esos trágicos sucesos, la lectura del mencionado libro me provocó un sin número de recuerdos dolorosos que poco o en nada se conocen. En esos años el control sobre los medios de comunicación era casi total. La lectura del libro me hizo sentir tal necesidad de escribir este testimonio, que no me pude resistir. Mi presencia en tan trágicos sucesos ocurridos ese día, obedeció a que como miembro de la ahora extinta Juventud Comunista, teníamos el deber de conmemorar a "los Mártires de Chicago del 10. de mayo".

El testimonio que a continuación relato de los trágicos sucesos del 10. de mayo de 1952, para mi significaron mi primer baño de sangre. Tenía 18 años de edad. Nunca había visto y sentido la muerte tan cerca, tal y como adelante lo reseño. Han pasado años y años y todavía se mantienen frescos en mi mente —como si hubieran sido ayer— los momentos de tan desmedida represión.

Los hechos

Probablemente llegué como a las 9.30 de la mañana al lugar de la cita, casi enfrente del Palacio de Bellas Artes. Ahí se estaba conformando lo que trataría de constituirse como una Columna Independiente —y digo tratando de constituirse, porque los hechos posteriores impidieron el desfile de la misma. Para deshacer la mencionada columna, alguna instancia gubernamental encargó el trabajo sucio a un grupo fascistoide que se denominaba "Los Dorados". Al momento del ataque, según mis cálculos, éramos entre mil y mil quinientos ciudadanos dispuestos a desfilar.

Pero antes debo decir que cuando llegué, rápidamente los compañeros me informaron de dos cosas: la primera, que habían asaltado durante la noche el local del partido (Partido Comunista Mexicano), en la calle de Dinamarca; la segunda

cuestión era que se percibía un clima de represión, pues a varios de los compañeros supuestos policías vestidos de civil les estaban arrebatando los volantes. Para lograrlo desenfundaban sus pistolas. Al cabo de unos minutos lo comprobé, corrió el rumor de que a Sandra Arenal, por cierto, sobrina política del ilustre pintor David Alfaro Siqueiros, uno de "Los Dorados" trataba de impedirle que voceara el periódico, y también le quería quitar un paquete de los mismos que ella traía consigo. Llegué al lugar y en efecto ví a un sujeto amenazando a Sandra, con tamaño pistolón, que a mi me parecía un cañón. Conforme se prolongaba la discusión entre ambos, el sujeto se exasperó y ocurrió algo que no podía imaginar: le puso la pistola en el estómago a Sandra. Ella retó al individuo y le dijo que si era tan hombrecito que hiciera uso de la pistola y que no nada más se la pusiera en la barriga. En verdad, era indignante que un hombre amenazara de esa forma a una mujer y además, que él estuviera armado y haciéndose el muy macho, ante una mujer que no portaba arma alguna, con el agravante de que ella es muy bajita de estatura y de poco peso y el tipo, si bien no era muy robusto, tendría como 75 a 80 kilos de peso. Como es de comprenderse, contemplar una escena de tal naturaleza, indignaría a cualquiera, a pesar de que a Sandra no se le hubiera conocido de antemano. Pero sigo, ya para ese momento de la agria discusión, nuestra indignación calentó nuestros ánimos y ya habíamos allí varios jóvenes, eso nos dió fuerza, y sin armas, nos avalanzamos sobre el sujeto, logrando arrebatárle la pistola. Ya sin ésta y con unos cuantos golpes en su cuerpo, el sujeto huyó, hacia donde estaban los suyos.

Es pertinente hacer un paréntesis para decir unas palabras sobre Sandra: su valentía no tuvo límites, puesto que demostró estar dispuesta a todo, hasta perder la vida. Mucho me asombró su reciedumbre y desde aquél entonces le he guardado respeto y admiración, pues reveló que tenía mucha entereza. A Sandra hace como seis años que no la he vuelto a ver. Pero es una mujer que ha seguido en la lucha identificándose con las reivindicaciones de los trabajadores. Escribió un pequeño libro sobre los mineros de Barroterán, Coahuila. También escribió otro libro sobre las condiciones de trabajo de las mujeres en las maquiladoras de la frontera norte: el título es *Sangre Joven*, publicado por la editorial Nuestro Tiempo. La

última vez que la vi nos leyó a varios amigos parte de otro trabajo. Si la memoria no me falla, era sobre testimonios de niños que laboran en la llamada economía informal. Las escenas relatadas por ella eran dramáticas y terribles, infelices niños y adolescentes, obligados por las circunstancias a vivir en ese inframundo. Aquí cierro el paréntesis.

Después de la huida del sujeto, festejamos ver que a Sandra no le había pasado nada, estaba muy pálida, un tanto desencajada y se le atendió con un dulce y con muestras de afecto y reconocimiento a su entereza y valentía. Pero se sentía la tensión en el ambiente. A los pocos minutos nos reintegramos a la Columna Independiente. Me di cuenta que hasta atrás de nuestras filas estaba otro pequeño contingente. Se trataba de la gente que llevaba el Partido Obrero Campesino de México (POCM). En dicho organismo se acuerpaban, entre otros, Valentín Campa, Sánchez Cárdenas y Alberto Lumbreras y no recuerdo si para esas fechas ya estaba con ellos quien posteriormente fuera un gran dirigente sindical, Demetrio Vallejo. En nuestro sectarismo miope, yo repetía lo que era común decir entre nosotros, al calificar peyorativamente a los del POCM, como los "poquitos". Había otros calificativos con mayor carga y desprecio para ellos. También se les decía "trotzquistas" o "traidores" para triste testimonio de nuestro sectarismo colectivo. Ese tipo de calificativos solían usarse para aquellos que habían osado discrepar. Generalmente su destino consistía en la expulsión. Algunos de los dirigentes del POCM, habían sido expulsados del Partido Comunista Mexicano (PCM), entre ellos Valentín Campa. En ese contingente no había más de 100 personas. En efecto comprobé que ellos eran los poquitos y nosotros simplemente los pocos.

No era fácil para la dirección del PCM aceptar que en efecto eramos pocos. Pero al lado de los miembros y simpatizantes del Partido Obrero Campesino de México, nosotros nos veíamos "muchos", pues, como ya decía, eramos entre 1 000 y 1 500. En contraste notorio los dirigentes "charros" llevaban contingentes sumamente numerosos, tal vez de medio o de un millón de trabajadores.

No se, pero ellos si llevaban mucha gente, además iban disciplinaditos, so pena de sufrir las penosas consecuencias de golpearlos, o de ponerlos en la lista negra, o simplemente

despedirlos de sus centros de trabajo, o bien todo esto junto. Había un abismo entre la capacidad de convocatoria de unos y otros, de aquéllos y nosotros. Comprobé que pese a considerarse la dirección del partido como la vanguardia del proletariado mexicano, en términos de influencia política real, se veía físicamente ese abismo, entre el decir y la realidad. Lo acepté como un mero postulado teórico.

Debo dejar mis reflexiones y continuar con el relato. Yo decía que atrás de nosotros estaba la gente del POCM. Ellos portaban unas pancartas que me puse a leer. Lo que más me llamó la atención fue que, sobre todo, exigían la libertad de un gran luchador social, líder político y sindical, Valentín Campa. En lo personal no conocía a ninguno de los dirigentes de tal organización. Pero lo cierto es que en contra de ellos empezó la represión de ese día.

Fueron ellos los primeramente reprimidos y golpeados. Un grupo de empistolados llegó a la delantera de su contingente y sin más aviso, este grupo de asaltantes, exhibiendo sus pistolas, jaloneó las pancartas, las empezaron a romper y varios usaron la pedacería de madera de las mismas para golpear a los dirigentes. "Le están dando duro a Sánchez Cárdenas" alguien dijo, "durísimo", diría yo. "Ya le están dando a Alberto Lumbreras", dijo alguien más. La gente del POCM como pudo se trató de defender pero les tupieron muy fuerte: patadas, puñetazos, pistoletazos, majaderías, y la sangre empezó a correr. Nosotros, los de la Columna Independiente, nada más veíamos. Nadie de nosotros metió las manos para defenderlos. La verdad sea dicha, entre nuestro sectarismo y nuestro miedo nos quedamos impávidos. Y decíamos: "pobres de los poquitos, se los echaron en unos cuantos minutos". En ese momento alguien me dijo, ese que llevan allí entre varios otros apresados, es Sánchez Cárdenas, parece que también cogieron a Alberto Lumbreras. Yo no lo pude comprobar por no conocerlo, pero eso si, se llevaron a varios de ellos. En ese momento y por primera vez en mi vida conocí a Sánchez Cárdenas, lo vi ensangrentado de la cabeza y de otras partes del cuerpo y sus ropas desgarradas. Me conmovió mucho verlo todo golpeado y escurriendo sangre, siendo arrastrado por varios de los empistolados hacia rumbo desconocido. Después me enteré que era uno de los presos políticos. Ante esa represión nosotros no movimos un

dedo. Tampoco llevábamos una pancarta pidiendo la libertad de Valentín Campa injustamente encarcelado. Al menos no recuerdo haber visto alguna. Así éramos de sectarios. Ni modo. Los del POCM tampoco pidieron ayuda. A lo mejor sí, pero no lo recuerdo. Una vez que lograron disolver al mencionado contingente, la represión se empezó a generalizar y la actitud impávida que asumimos, cuando reprimieron a los del POCM, se transformó súbitamente en reacción anárquica al ver que también la represión iba en contra de nosotros. Pero no a base de golpes, sino de balazos. En medio de toda esa confusión y en un radio de 20 a 30 metros a la redonda de mí, veía que caía gente que parecía ser de la Columna Independiente y gente que no pertenecía a ella y que por allí caminaba o veía la escena. No los conté, pero deben haber sido unas ocho ó diez personas. De repente y como a unos cinco metros de mí, vi caer a un compañero estudiante del Politécnico, justamente era Luis Morales. Un muchacho fuerte y robusto, de no mucha estatura, tal vez de 1.65 a 1.70 metros, del que se decía —entre los compañeros—, que ya lo habían visto minutos antes del inicio de la balacera, defendiendo a otros compañeros que los empistolados amenazaban. Tal vez, en venganza, ya le habían echado el ojo para balacearlo. Como quiera que haya sido, lo cierto es que lo vi caer, me le acerqué para tratar de auxiliarlo, llevándolo a algún refugio, pero lo vi dando estertores. Tenía un balazo casi en el centro de la frente que se le había floreado. Como si le hubieran dado con una bala expansiva. En ese momento comprendimos, quienes lo rodeábamos, que estaba en sus últimos minutos, al sentir que no nos escuchaba. Me dió la impresión de estar agonizando. Instantes después llegaron unos camilleros y se lo llevaron a una ambulancia.

El gran pintor mexicano David Alfaro Siqueiros realizó una de sus obras pictóricas en memoria de éste estudiante caído ese día. Se trata de la escena en que se está velando su cadáver. Aparece velado por gente muy pobre, entre quienes destaca el cuerpo pequeñito y escuálido de una mujer sumamente pobre, que era tía de Luis Morales.

Pero sigo. Como la balacera continuaba, varios de nosotros nos refugiábamos detrás de unas barditas, de unos 60 centímetros de alto. Unas que estaban muy cerca de la Librería de Cristal. Minutos después la balacera empezó a menguar. Ya

solamente se oía uno que otro balazo. Se empezaron a oír gritos de que a los matones se les habían acabado las balas. Todos llenos de furia e indignación empezamos a correr hacia las puertas del Palacio de Bellas Artes. No me quedé en ese lugar, pues parecía que los matones no sólo se refugiaron en el interior de ese edificio, sino que varios de ellos se escabullían entre el público. De repente vi a un grupo de gente, de quienes a ninguno llegué a identificar, que golpeaban, jaloneaban y arrastraban a uno de esos supuestos matones. Iba bañado en sangre. El número de personas que lo maltrataban era de unos 15 a 20. Entre ellos mismos, se disputaban el golpear al sujeto. Sus pies, sus puños y sus brazos se estorbaban entre sí al momento de golpearlo. Los que no lo podían alcanzar se desquitaban lanzándole escupitajos. Yo decía, ¿pero qué es esto? Supuse que se trataba de personas con mucha sed de desquite en contra de un real o supuesto representante del poder y que por razones personales o familiares, más que políticas, aprovechaban el momento para vaciar su enojo en contra de ese pobre sujeto. De milagro llegó por allí una ambulancia con el propósito de rescatarlo. El individuo se sujetaba desesperadamente a la manija de una portezuela de la ambulancia para subirse y salvarse. La gente lo quería linchar. De repente se apareció por allí David Alfaro Siqueiros, vió lo que ocurría y empezó a exclamar: “Déjenlo, déjenlo por favor. No lo maten, nosotros no somos asesinos. Déjenlo que se suba a la ambulancia”. La respuesta de ese grupo de gente enfurecida no se hizo esperar. A los gritos de piedad que lanzaba Siqueiros alguien le gritó: “Cállese, pinche viejo pendejo”.

El insistió una vez más y la respuesta de la gente todavía fue más impulsiva. “Cállese pinche viejo, si no a tí también te vamos a dar”. Me di cuenta que esas personas no sabían quien era esa figura. Él seguramente pensó que sí lo reconocerían y que por lo mismo, acatarían su petición de respeto a la vida del presunto matón golpeado. Me di cuenta que estaba entre puros desconocidos, pero de gente de la población que había visto o sentido la represión de los llamados “Dorados”. Por fortuna, el sujeto logró treparse a la ambulancia ayudado por los camilleros y se lo llevaron. A partir de ese momento el grupo de gente que maltrataba al individuo se disolvió.

Siqueiros tenía razón, pero ésta era la que en esos momentos nadie de los presentes atendía. Todo ello ocurrió en la avenida 5 de mayo, enfrente del Banco de México y del edificio Guardiola. Cerca de ese lugar se oían gritos de “Vamos al Zócalo”; “Vamos a enseñarle a Miguel Alemán lo que han hecho sus agentes”. Algunas personas llevaban en sus manos levantadas pedazos de periódico, manchados de sangre de las víctimas caídas en la represión. Me dirigía a uno de esos grupos, cuando de repente el responsable del club al que yo pertenecía me dijo con voz determinante: “Ya vienen los granaderos, esto se va a poner peor”. Entonces le pregunto “¿Qué se va hacer?”. Me respondió con firmeza: “Vete para tu casa, es seguro que aquí se va a llenar de gases lacrimógenos y de gente golpeada y encarcelada”. Le obedecí sin chistar. Para mí había terminado ese 1o. de mayo. Mi primer baño de sangre. La cabeza me daba vueltas: en una o dos horas había visto y sentido cosas horrendas como nunca antes en mi vida. Hasta aquí mi testimonio. El resto de los acontecimientos ocurridos en ese trágico día, los relata en su libro el Dr. Mario Rivera.

Desde mi punto de vista, los lamentables acontecimientos de ese terrible 1o. de mayo, debieran contemplarse —en un intento de encuadramiento histórico de las luchas del pueblo mexicano— como parte de una larga y sucesiva cadena de acontecimientos políticos que tienen como factor común el de estar signados por la represión, la manipulación, la injusticia, la desigualdad, la opresión, la explotación, la discriminación, el abuso de poder, etc. Cada lucha concreta se expresa poniendo énfasis en tal o cual aspecto de los mencionados arriba. Por ejemplo, la lucha de los zapatistas en Chiapas, pone el énfasis en la discriminación de los pueblos indios. Otro ejemplo, la reciente lucha de los maestros de primaria, no pone el énfasis en la discriminación étnica, sino en los bajos salarios, esto es en la explotación y así sucesivamente se pueden poner cientos de ejemplos.

Puedo equivocarme, pero la actual lucha electoral con Cárdenas a la cabeza, también la considero como parte de esas luchas del pueblo mexicano, en contra del abuso de poder. No necesariamente el arribo del Partido de la Revolución Democrática (PRD) al gobierno del Distrito Federal garantizará que ya no habrá abuso de poder en el país. Creo, y así lo digo, que

se acentuará la campaña de desprestigio, y hasta de posibles agresiones en contra del nuevo gobierno.

Cuando me refiero a que los penosos sucesos del 1o. de mayo de 1952 debieran encuadrarse en una perspectiva histórica —me refiero a que las luchas de los mineros de Nueva Rosita y Cloete, a principios de los cincuenta— para considerar algunas luchas de aquel entonces, como las realizadas por los maestros othonistas en 1956-1957; o las luchas de los ferrocarrileros vallejistás, en 1958-1959; o las de los maestros normalistas durante 1960; o la lucha de Rubén Jaramillo que terminó con su asesinato, en 1961; o la lucha de los médicos en el transcurso de 1964; el movimiento estudiantil del 68, que fue derrotado; las luchas de Genaro Vázquez en esos años que concluyó con su muerte; o la represión de que fueron víctimas los estudiantes el 10 de junio de 1971; o la ola de pequeños grupos guerrilleros que surgieron después del 68 y que fueron disueltos en su mayoría durante 1971; las luchas de Lucio Cabañas hasta el 74 y así sucesivamente. Basta señalar telegráficamente sucesos posteriores como la huelga derrotada de los administrativos de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) en 1983. La gran movilización popular solidarizándose con las víctimas del terremoto del 85; la ejemplar y extraordinaria lucha de las costureras encabezadas por Evangelina Corona, en aras de contar con un sindicato propio que defendiera sus intereses, por supuesto, esta lucha iba en contra de los “charrros”, quienes en contubernio con algunos patrones, no hicieron caso de los peligros que corrían las costureras al obligarlas a trabajar en locales sumamente afectados por el sismo del 85. Recuerdo que debe haber habido entre heridas y muertas unas 150 costureras. También están las luchas de los universitarios de la UNAM, en 1986-1987, encabezados por Imanol Ordorika, Carlos Imaz y Antonio Santos, por la democratización de las formas de gobierno de la institución y por evitar que se impida el acceso a estudiantes de bajos recursos. También hay que recordar la lucha de los electricistas en el 87, para evitar la disolución del SME, entre otras reivindicaciones.

Así también, y en ese encuadramiento histórico, habría que ubicar la lucha por la Presidencia de la República en 1988, que fue derrotada por la vía del fraude. Y así sucesivamente hasta llegar a estos días. No pasa un sólo día en que no haya

muestras de movilización popular. Ciertamente es que en este somero e insuficiente repaso, predominan las derrotas sobre los triunfos, los que no han podido ser espectaculares y algunos de ellos hasta con retrocesos posteriores. Pero cada una de estas luchas así sean derrotadas, por ejemplo las de los estudiantes del 68, van dejando un proceso de acumulación cuantitativa que poco a poco ha ido contribuyendo a la democratización de la vida nacional. Posible cambio cualitativo, así sea que éste no sea espectacular; al menos eso creo y espero no equivocarme. El triunfo de la oposición en los comicios del 2 de julio pasado parece darme la razón, de ahora en adelante se tratará de consolidarlo para hacer posible la utopía de construir un nuevo México democrático y plural en los albores del siglo XXI.